

Perros búfalo

Lawrence M. Schoen

Traducido por Sabina Trigueros

Ser arrestado unos días antes de mi regreso a la Tierra era lo último que hubiera esperado. Había estado trabajando en el “Pequeño Perrito”, el único bar del espaciopuerto en Gibrahl, las últimas tres semanas y media. Mi contrato estipulaba dos funciones por noche, más una matiné los sábados. Los domingos descansaba. El día en Gibrahl es lo suficientemente cercano a las 24 horas como para no discutir, pero las semanas duran ocho días, no siete. Mi agente en la Tierra no se había molestado en investigar lo del día extra antes de conseguirme un contrato que pagaba a la semana, cosa que resultó en que las dos funciones de los gibstes eran gratis; todo el trabajo a cambio de nada.

La marquesina al frente del teatro decía “EL ASOMBROSO CONROY, MAESTRO HIPNOTIZADOR”, y pasaba por una gama de colores brillantes en un obvio intento de llamar la atención. Funcionaba. Mis públicos más pequeños eran decentes, y los grandes llenaban la sala. Lugares como Gibrahl siempre estaban hambrientos de cualquier tipo de entretenimiento, y un hipnotizador puede ganar una buena lana.

Los humanos en mi público estaban en Gibrahl por la misma razón. Cada uno de ellos estaba involucrado en el mercado de perros búfalo de alguna forma. Los bufalitos eran el único recurso natural de Gibrahl, la única mercancía responsable —directa o indirectamente— de traer gente aquí. Era un mundo colonial, y la colonia no era nuestra. Gibrahl pertenecía a los arcones, y la presencia humana se limitaba a una base de un kilómetro cuadrado. Los arcones escribían las reglas, y mientras tuvieran algo que la Tierra quería, las obedecíamos como buenos humanitos. Por eso me arrestaron.

Más temprano ese mismo día, los arcones habían arrestado a un corredor de perros búfalo, acusado de contrabando. El consulado terrestre insistía que debía tratarse de un error de papeleo, pero los arcones poseen una habilidad telepática limitada en relación con la veracidad, y descubrieron lo contrario. La justicia arcona es tan veloz como certera. El hombre había sido enjuiciado, condenado y ejecutado antes de mi función de cena.

Todos necesitaban una distracción, y para buenas o malas, la distracción fui yo. Comencé con unos chistes para romper el hielo y lograr que la gente se sintiera más cómoda. Consultar a un hipnotizador, incluso como entretenimiento, pone a algunas personas nerviosas, como si con alzar una ceja pudiera lograr que los hombres me contaran sus secretos más profundos o que las mujeres se lanzaran a mis brazos. Ya quisiera. Dicen que Anton Mesmer podía hacer ese tipo de cosas hace algunos siglos. Más bien tenía un mejor agente que yo. Yo necesito una inducción convincente, y unos buenos cinco minutos de silencio relativo, sin mencionar el automóvil en espera por si no funciona la cosa. El chantaje y la seducción hipnóticos pueden crear buenos videos, pero en la vida real, apegarse al guión es más seguro. Eso no quiere decir que nunca pruebo o juego, pero nunca durante una función.

Más tarde es otra cosa. Siempre instalo una pelta trasera posthipnótica cuando estoy dando función; nunca sabes cuándo puede servir de algo. Incluso una semana después puedo susurrar las palabras mágicas y presto, estás de nuevo en un trance y maravillosamente abierto a cualquier sugerencia. ¿Qué puedo decir? Me encanta mi trabajo.

Esa noche había varias mesas de arcones presentes, como habían habido en todas mis presentaciones. Cincuenta funciones, y nunca se había reído uno, ni siquiera una sonrisa. Y podían sonreír, estoy seguro de ello. Los arcones parecen humanos altos, estirados, como alguien en un espejo de feria. Su piel variaba entre distintos tonos de blanco, desde cáscara de huevo hasta crudo, y su vello corporal es del negro azulado de los héroes de cómic. Tienen boca, labios y dientes, y hasta donde sé, los usan para lo mismo que nosotros, pero nunca los he visto sonreír. No es que no disfrutaran la función, simplemente no la entendían. Tiene que ver con ese sentido de la verdad que tienen. Los arcones siempre saben si se les dice la verdad o no. Entre ellos nunca mienten, simplemente no pueden. Parece algo pequeño, pero cuando comienzas a estudiar los detalles, es asombroso lo ubicua que es la decepción en la historia humana.

La sociedad arcona casi no tiene crimen. Claro, hay crímenes de pasión, igual que con nosotros, pero cualquier cosa premeditada era cortada de raíz cuando el juez local preguntaba si lo habías hecho. Para los arcones, el concepto de mentira no había surgido antes de su contacto con los humanos. Les parecemos fascinantes, y completamente extraños. Es como saber cómo funcionan las branquias, un conocimiento seguro, objetivo, que sabes que no aplica a ti pero que de todas formas abre unas posibilidades teóricas interesantes.

Bastantes arcones consideraban de gran valor ver a un hipnotista que hacía a la gente creer cosas que eran obviamente falsas. Llegaban en masa al distrito humano a ver mis funciones todas las noches desde que llegué. Las primeras dos noches subí a algunos al escenario. Entraban en trance igual que los humanos. Nunca tuve problemas haciendo que cacarearan como gallinas, pero no aceptaban ninguna sugerencia que violara su realidad objetiva. No podían creer que realmente se habían convertido en gallinas. Nada de imaginación, completamente aterrizados. A fin de cuentas, hacían aburrida la función, y dejé de subirlos como voluntarios.

En fin, estaba dando mi función acostumbrada para la última semana de una chamba. A los diez minutos de haber comenzado la función, tenía a dos secretarias, el anciano funcionario de préstamos de un banco, y una guardia de seguridad me mediana edad en el escenario, todos en un trance profundo. Les había dicho a las secretarias que eran diplomáticas arconas y las hice explicar el plan arcón para la iluminación humana. No existe tal cosa, por supuesto, pero ninguna de las secretarias/diplomáticas lo sabía, y crearon y elaboraron una sarta de tonterías con gran sinceridad mientras los humanos en el público reían y gritaban.

Las secretarias terminaron su presentación ante el estruendoso aplauso de los humanos en el público. Les agradecí y las llevé de vuelta a las sillas que había puesto en el escenario, que ya les había asegurado eran la lujosa embajada arcona en la Tierra. Las devolví al trance profundo. Habían hecho un gran trabajo, sorprendentemente original y listo, y el público contenía la respiración en espera de lo siguiente. Me dirigí hacia la guardia de seguridad, y con una sonrisa y un guiño hacia el público, comencé sus instrucciones.

–Melpómene de caramelo –susurré, usando las palabras clave que le había implantado al inicio de la sesión–.

Su postura cambió. Más que un movimiento, fue un cambio de actitud. Aún en completa relajación, estaba casi dolorosamente alerta. Me volví hacia el público y les hice señas para que se acercaran, como si los invitara a la broma.

–Eres nativa de Gibrahl, –dije en mi voz escénica, llena de tonos tranquilizadores y resonancia avasalladora–. Eres inteligente y articulada, educada y urbana. –La guardia de seguridad se enderezó en la silla, su rostro compuesto y lleno de confianza, sus ojos cerrados–. Me gustaría que nos contaras sobre Gibrahl desde tu perspectiva única, si no te molesta. ¿Te parece bien?

Asintió, remojó sus labios, y alzó una mano iniciando un gesto.

–Muy bien. Comenzarás a hacerlo cuando cuente a tres. Ah, y otra cosa. No eres humana, eres perra búfalo. Una... Dos...

–¡ALTO!

Un arcón en una de las mesas traseras se había puesto de pie. Lo reconocí. Era un cliente habitual, había venido a al menos una función al día desde mi llegada, siempre sentado en la misma mesa, siempre mirando con total atención. Hasta había sido voluntario, y uno bastante bueno para ser arcón. Se llamaba Loyoka, y me estaba apuntando con un arma. La mayoría de público se rió, pensando que era parte del espectáculo. Yo sabía que no lo era.

–Todos los que están en el escenario quedan arrestados –continuó–, no se muevan. Cooperen, y saldrán ilesos.

Loyoka caminó hacia el escenario, sus largas piernas le permitieron subir a la plataforma sin esfuerzo. Yo me había congelado en el momento en el que vi el brillo de su mira de láser. Se acercó a la guardia de seguridad y se puso en cuclillas para quedar al mismo nivel.

–¿Es usted perra búfalo? –le preguntó–.

El público se rió, la mayoría todavía no se había percatado de que no era parte del espectáculo. La mujer no contestó. No podía contestar. La única voz que podía oír en ese momento era la mía. Loyoka se percató pronto de esto y se volvió hacia mí.

–¿Por qué no habla? Usted indicó que podría hablar.

–No he terminado de contar –dije–. No puede seguir instrucciones hasta que lo haga.

–¡Tres! –dijo el arcón, los ojos fijos en la guardia de seguridad. No sucedió nada. Se oyeron más risas en el público–. Dígalo usted –me dijo sin voltear a verme–.

–Tres –susurré, y la guardia abrió los ojos, sonrió y asintió hacia la cara del arcón, a unos cuantos centímetros de la propia.

–¿Es usted perra búfalo? –preguntó de nuevo Loyoka–.

–Sí, claro –contestó la guardia–. Nací aquí en Gibrahl, y déjeme decirle, no es una vida fácil. Es un milagro que siga aquí. He visto a toda mi camada, y a todos mis amigos de la

infancia ser llevados a otros planetas por ustedes arcones. Sin vergüenza, le digo, no tienen vergüenza.

Siguió y siguió, creando una historia completa de su vida como una criatura extraterrestre cuyo cerebro es del tamaño de una nuez. La boca del arcón permanecía abierta con asombro mientras escuchaba, su facultad psíquica le aseguraba que la humana creía cada palabra, que a pesar de las apariencias, *era* una perra búfalo.

Diez minutos después me encontraba bajo custodia arcona, sentado en una celda de detención. Mis cuatro voluntarios, fuera ya del trance, también habían sido ‘detenidos’ por las autoridades, asta donde sabía. Mi visa exosistema había sido confiscada. El “Pequeño Perrito” estaba cerrado, en espera del resultado de la investigación. La administración interpuso una queja con mi agente, y presentó una demanda contra el sindicato interestelar de actores escénicos. No hay nada como la vida sobre el escenario, en especial cuando se trata de poner en la lista negra. Incluso suponiendo que lograra salir de este enredo, era poco probable que lograra conseguir trabajo fuera de la Tierra de nuevo. Por el momento, sin embargo, ese era el menos de mis problemas.

Transcurrieron horas. Pasé las primeras repasando la función en mi mente, una y otra vez, intentando adivinar qué había enfurecido a los arcones. No se me ocurrió nada. Dormité, despertando una y otra vez, y desperté por completo de repente cuando finalmente se abrió la puerta de mi celda, y entró Loyoka con otros dos arcones; cada uno arrastraba un pequeño banco. Se sentaron en los bancos, los pies apoyados en el suelo, las rodillas a la altura de los hombros. Esto los colocaba cara a cara conmigo, sentado en mi camastro. Me miraban fijamente, todos.

–Díganos... una mentira –dijo el que estaba a mi derecha–.

–¿Una mentira? –pregunté–.

Mis ojos iban de un impávido rostro al siguiente. Sus ojos parecían humanos, pero esto no era reconfortante.

–Sí, señor Conroy, díganos algo que no sea verdad. Hágalo ahora –dijo–.

Mi mente estaba en blanco. Sólo podía pensar en la función abortada.

–Soy un diplomático arcón –dije–, tengo un plan para la iluminación humana.

Los dos arcones que no conocía fruncieron el ceño. Loyoka reconoció la referencia a la función de hoy y las orillas de sus labios se movieron ligeramente hacia arriba. Podían sonreír.

–Está mintiendo –dijo el arcón a mi izquierda, frunciendo más–.

–Me pidieron que mintiera –asentí–.

–Sí, y sabemos que está mintiendo. Durante su espectáculo, les pide a otros humanos hacer cosas. Estas cosas no son mentiras.

Negué con la cabeza.

–Lo siento, no es que quiera ser difícil, pero realmente no entiendo a qué quieren llegar.

–¿Es contrabandista, señor Conroy? –preguntó Loyoka–.

–Soy, ¿qué?

–¿Es contrabandista de perros búfalo? Por favor conteste con un ‘sí’ o un ‘no’.

–¡No! –dije, sintiendo cada vez más pavor–.

–Pero convirtió a esa mujer... –Loyoka echó una mirada a una pequeña palmpadd–, Carla Espinoza, en una perra búfalo. Fue la verdad. Lo vi en su mente.

–¡Pero realmente no era una perra búfalo! –sonreí–.

Todo esto debía ser algún tipo de broma, ¿no? Sus expresiones eran de seriedad absoluta.

–Lo era. Vi la verdad yo mismo. Era perra búfalo. Una perra búfalo sin licencia, señor Conroy –frunció el ceño, completando el tercio de serios arcones–. ¿Entiende la seriedad de este crimen? Se le acusa de estar intentando exportar una perra búfalo fértil robada a la Tierra.

Mi mente dio vueltas. Los perros búfalo eran una de las pocas formas de vida nativas de Gibrahl, y no se parecían a nada más en el universo. Era asombroso su parecido al bisonte americano, pero a escala de uno a cincuenta. Eran criaturas adorables, con cabecitas como de peluche y lenguas azules que sacaban al balar. Podían comer de todo, verdaderamente cualquier cosa, y prosperar. Y lo más asombroso de todo, sus pedos eran cantidades industriales de oxígeno diatómico puro, cosa que los hacía increíblemente útiles para los terraformadores. Sin mencionar la enorme aportación a la solución de los problemas de sitios de desechos tóxicos y tiraderos de basura en la Tierra. En una noche común en el “Pequeño Perrito”, al menos una cuarta parte de la gente en el público eran corredores, quienes regresarían a la Tierra en la siguiente nave, un pequeño portafolio de licencias de transferencia bajo un brazo, y un perro búfalo bajo el otro. Los arcones controlaban la única fuente de estos animales, y los exportaban, infértiles, a diez millones de créditos por cabeza. A ese precio, el contrabando de las pequeñas bestias se había vuelto un negocio atractivo, y varios cachorros estériles habían sido robados. No es sorprendente que el gobierno arcón haya respondido con enorme prejuicio. La mera sospecha de estar involucrado en el mercado negro de perros búfalo conllevaba una sentencia de muerte. Yo estaba en búfalos problemas.

–Pero no era una perra búfalo –protesté, comenzando a levantarme del camastro–. No lo era, físicamente.

Loyoka me puso una mano sobre el hombro y me empujó de vuelta al camastro.

–Sé lo que vi en su mente. *Era* una perra búfalo. En Gibrahl, si un humano posee un perro búfalo, o es contrabandista o es corredor. Puedo ver la verdad en su mente, señor Conroy. No es contrabandista.

Se detuvo y miró a sus compañeros, uno a cada lado. Hubo una confirmación silenciosa entre ellos, y los tres se levantaron.

–Estamos muy consternados por esto, señor Conroy. Consideramos hasta la sospecha del crimen un asunto muy serio. En lo que usted ha estado esperando, hemos llevado a cabo una inspección detallada de todas las instalaciones registradas. Ninguna reportó una cría

faltante; no se le va a acusar de robo. La única razón por la que no se le ha juzgado y encontrado culpable del segundo cargo es porque Carla Espinoza es infértil.

Esto era cada vez más extraño.

—¿Cómo pueden saber eso? —pregunté—.

Loyoka apenas me miró.

—Le realizamos un examen completo. Hallamos a cualquier humano en posesión de un perro búfalo fértil culpable de una ofensa capital al instante. Pero, como dije, ella no es capaz de concebir. Los perros búfalos infértiles pueden ser transportados por corredores con las licencias adecuadas. Eso nos deja un asunto de arreglar el papeleo. Ya hemos etiquetado a Carla Espinoza y preparado los documentos necesarios para otorgar su licencia.

Uno de los otros arcones me entregó una palmpadd y una pluma. Di una ojeada al documento y lo firmé. Habían sacado la mayor parte de mis ganancias en Gibrahl de mi cuenta, además de colocar un embargo por el doble de esa cantidad en ganancias futuras, como pago por la licencia. Ya era un corredor autorizado.

—Felicidades, señor Conroy. Ha adquirido una perra búfalo sin pagar los diez millones de créditos acostumbrados —No había un dejo de sarcasmo en su voz. Realmente lo creía.

—Pero ya no es una perra búfalo, ¿o sí? —dije—. Ya está fuera del trance, sabe quién es.

Los tres arcones fruncieron y parecían nerviosos. Los otros dos se fueron, llevando sus bancos con ellos. Dejaron a Loyoka para que me dijera unas palabras de despedida.

—Aceptamos que hay muchas cosas sobre sus habilidades que no comprendemos —dijo—. Aunque me queda claro que su sujeta sabía que era perra búfalo esta noche, es igualmente obvio que en otras formas no lo era. Este es territorio nuevo para nosotros, señor Conroy. Lo estaremos observando cuidadosamente durante lo que queda de su estancia. Le aconsejo que tenga mucho cuidado.

—Ya se puede ir —dijo sosteniendo la puerta—. Hable con el dependiente que se encuentra en el escritorio al frente. Le devolverá su visa y le entregará copias originales de sus licencias. Puede recoger a Carla Espinoza ahí mismo.

Me señaló un escritorio a la derecha y me mandó en camino. Él se dirigió hacia la derecha y desapareció por un pasillo.

Carla Espinoza estaba sentada en una banca compuesta de sillas entrelazadas en el vestíbulo. Se veía pálida, pero no le habían hecho daño. De su oreja izquierda colgaba un disco de plástico rojo brillante de unos dos centímetros de diámetro. La habían etiquetado para transporte. Su rostro mostraba su enojo, difuso al principio, pero se enfocó rápidamente cuando me vio acercarme. Comencé a disculparme en cuanto estuve lo suficientemente cerca para que me escuchara.

—Señorita Espinoza, Carla, por favor, lo siento muchísimo. Créame, no tenía idea de que iba a suceder todo esto.

Se puso de pie y me miró amenazadora. Me llegaba al hombro, y era unos veinte años mayor que yo. No me quedaba duda de que hubiera pasado la mayor parte de su vida rebotando de un trabajo de seguridad al siguiente. Me llevaba unos diez kilos de peso, de puro músculo. Se le veía en los ojos que podía madrearme sin siquiera sudar.

Levantó una mano, jalando la etiqueta de plástico en su oreja. Se soltó y me la aventó.

–Si estuviéramos en la Tierra lo demandaría a usted y a las siguientes tres generaciones de su familia por todo lo que poseen –dijo–. Tiene suerte de que los arcones no permiten abogados aquí.

Atrapé la etiqueta y la guardé en mi bolsillo. Era un recuerdo caro. Le entregué mi chip de crédito.

–No queda mucho, pero se lo doy. Tomaron casi todo lo que tengo para cubrir el costo de las licencias.

–¿El costo de las licencias? –dijo–.

–Decidieron –dije con una débil sonrisa– que como tenía una perra búfalo, y no era contrabandista, era obvio que debía ser corredor, y me cobraron el papeleo.

Su enojo se disipó al escuchar esto y se carcajeó. Había estado en Gibrahl el tiempo suficiente como para saber lo cara que era la licencia de corredor. Pareció estar satisfecha con esto. Se guardó mi chip de crédito en el bolsillo.

–Voy a dejar pasar ésta –dijo–, siempre y cuando no te vuelva a ver. De no ser así, te abro un nuevo culo. Te va a doler tanto que un paseo en el vacío sería un gran alivio. ¿Queda claro?

Asentí, esforzándome para no mostrar temor. Me barrió nuevamente de arriba a abajo y se fue. El dependiente sentado en el escritorio había visto transcurrir la escena completa sin un solo comentario. Se veía pálido, incluso para un arcón y, ¿por qué no? Había escuchado todo lo que me dijo, y sabía que era cierto. Recogí mi licencia y me fui.

A juzgar por la posición de la pálida estrella de Gibrahl, alta en el cielo, era casi el medio día. Yo no tenía nada que hacer, dinero que gastar, y faltaba un día completo para la salida de mi nave de regreso a la Tierra. Comencé a dirigirme de vuelta al espaciouerto, con la esperanza de mendigar una comida y un lugar para dormir a cambio de unos trucos de hipnosis cuando un hombre en un traje tan nuevo que deslumbraba comenzó a caminar conmigo. Lo primero que pensé fue que el administrador del “Pequeño Perrito” quería darme mi merecido, pero el sujeto era demasiado pequeño para ser un matón, y demasiado bien arreglado. Era un arquetipo pulido, bien arreglado, de esos de charola de plata que seguro tenía una maestría en administración de empresas hecho en línea con una universidad prestigiosa. Yo no soy un tipo rudo, pero en comparación conmigo, este tipo era un pelele.

Me tomó un momento, pero lo reconocí de una función. Lo había hipnotizado. Era uno de esos tipos empresarios, un intermediario en los asuntos de negocios de transferencia terrestre de perros búfalo. Había ido al “Pequeño Perrito” a ver mi función de estreno, parte de un gran grupo de empresarios y clientes prospectivos. Había hipnotizado a la mitad de la mesa. Los clientes habían disfrutado del entretenimiento y este tipo había dejado una generosa propina para mostrar su agradecimiento. Hasta un pequeño porcentaje de las ganancias del

tráfico de perros búfalo significaba una enorme cantidad de dinero. Le alcanzaba para dejar buenas propinas y usar trajes nuevos.

–Señor Conroy –dijo el generoso sujeto–, me disculpo por contactarlo de forma tan poco cortés, pero tengo urgencia de hablar con usted. Le tengo una propuesta.

Justo cuando crees que nada puede ser peor, aparecen los estafadores corporativos. Perfecto.

–Lo siento, pero estoy cansado y hambriento y no estoy de humor para lo que sea que esté vendiendo –dije–.

–Señor Conroy –insistió–, me llamo Jensen. Por favor, sólo escúcheme. ¿Por qué no conseguimos una cómoda mesa en “La Pradera”. Yo pago, por supuesto. Puede comer bien, relajarse, y después de escuchar mi propuesta, si todavía no le interesa, pues quedamos a mano.

Eso me detuvo. “La Pradera” era el único restaurante cinco estrellas de Gibrahl. Eso lo colocaba dos estrellas sobre todo lo demás que había en la ciudad de un kilómetro. Sólo el precio de las entradas se hubiera llevado una semana de salario. Le pasé el brazo por los hombros y esboqué una sonrisa cansada.

–Señor Jensen, si usted paga la comida, soy todo oídos.

Se le notó el alivio y nos encaminamos hacia “La Pradera”. El maestro de sala me puso un saco apropiado, y en cosa de nada estaba sentado en una elegante mesa disfrutando de unos bocadillos compuestos de cornetas de papa con crema fresca, salmón y caviar, y tomando el vino más delicado que había probado. Mis preocupaciones desaparecieron, pero mantuve la atención puesta en mi anfitrión, en espera de que me enseñara su mano.

Mantuvo su promesa, y dejó que me sintiera cómodo antes de comenzar con su propuesta. Íbamos a la mitad del primer platillo —frijoles de carilla con mollejas de antílope, champiñones y frambuesas silvestres— cuando sacó una palmpadd del bolsillo.

–Señor Conroy, seré directo con usted. Mis supervisores en el Consorcio Wada están enterados de su reciente cambio de fortuna, y de la yuxtaposición de circunstancias que lo puso ahí, a pesar de su inocencia. Quisiéramos ayudarlo, si nos lo permite. Lo queremos contratar.

Casi me atraganté con el vino cuando escuché eso. Puse mi copa en la mesa y me limpié las comisuras con la servilleta.

–¿Necesitan a un hipnotizador, señor Jensen? –pregunté–.

–No, señor Conroy, necesitamos a un corredor. La empresa a la que representamos debe transportar treinta y dos perros búfalo de Gibrahl en la nave que sale mañana. Todos han sido vendidos ya, y hemos garantizado la entrega. El gobierno arcón sólo permite un perro búfalo por corredor con licencia, y en este momento tenemos solamente treinta y un corredores disponibles.

Lo miré sorprendido.

–¿Entonces por qué arregló el transporte de treinta y dos bufalitos? –dije antes de dar otro bocado de mollejas–.

–Porque hasta ayer en la tarde –suspiró Jensen–, teníamos treinta y dos corredores, señor Conroy.

En ese momento recordé que habían ejecutado a un contrabandista. Bajé el tenedor. Se me había ido el apetito. Ese cachorro treinta y dos le había costado diez millones de créditos a alguien en la Tierra, y la multa por no entregarlo le costaría ala compañía de Jensen al menos la mitad de eso.

–Soy un hipnotizador. No sé nada acerca de perros búfalos o de cómo ser corredor –le dije–.

–No hay que saber mucho, señor Conroy. Los perros búfalo requieren cuidados mínimos. El corredor solamente lleva al animal a la nave y permanece con él en la cabina. Durante el viaje a la Tierra, simplemente hay que cuidar los reguladores atmosféricos de la cabina, para evitar la sobrecarga de oxígeno. Al llegar, lo baja de la nave. Estoy seguro que usted es capaz de esto.

–¿Por qué no simplemente comienzan los trámites de la licencia para alguien más? –pregunté–.

–El proceso de aplicación para la licencia tarda cinco años, señor Conroy. Si soy sincero, estamos sorprendidos de que haya conseguido una, pero no la pondremos en duda. Por alguna razón, los arcones de repente le consideran corredor, y son los únicos a quienes debemos satisfacer para que ese perro búfalo treinta y dos llegue a la Tierra.

Deslizó su palmpadd hacia mí. En la pantalla, brillaba un contrato.

–Estoy preparado para ofrecerle una compensación de cien mil créditos a cambio de que actúe como nuestro corredor.

Era bastante dinero, en especial dado que yo estaba quebrado y seguramente pronto estaría en la lista negra. Aún así...

–¿Es la tarifa acostumbrada para un corredor?

Asintió. Permanecí callado, aparentando que leía el contrato mientras buscaba en mi memoria, intentando recordar la primera función que había dado en Gibrabl. Miré las mollejas que quedaban en mi plato y me vino a la mente. Egipcio picoso. Me incliné hacia él y susurré:

–Osiris jalapeño.

Jensen cayó recostado en la silla, sus ojos cerrados. Busqué en su saco con una mano y encontré su cartera. La revisé, busqué su nombre de pila en la identificación corporativa, y también vi los estados de cuenta en sus chips de crédito personal y corporativo. Ken tenía mucho crédito disponible.

–¿Me escuchas, Ken?

–Sí, te escucho.

–Muy bien. Somos muy buenos amigos, ¿sabes? Nos decimos siempre la verdad. No tenemos secretos, Ken, no hay secretos entre nosotros. ¿Entiendes?

–Sí –murmuró–.

–Dime, ¿cuál es la tarifa usual para un corredor? ¿Uno que lleva a un perro búfalo de Gibrahl a la Tierra para tu compañía?

–Quinientos mil créditos –dijo, sin dudar un instante.

–Y sin embargo, sólo me ofreciste el 20% de eso, Ken. ¿Así es como tratas a un amigo? ¿Por qué lo hiciste?

Jensen encogió los hombros. Se veía apenado, a pesar de tener los ojos cerrados.

–Supusimos que no sabrías lo que se suele pagar, y que estabas tan jodido que aceptarías cien encantado.

–Probablemente tengas razón, Ken. No ha sido mi día. Pero las cosas empiezan a mejorar. Cuando cuente a tres habrás cambiado de opinión, Ken. Vas a decidir que realmente no quieres verme la cara de esa forma. Te darás cuenta de que te estoy salvando el pellejo, y vas a reescribir este contrato para pagarme los quinientos mil completos. Además, me vas a dar tu chip de crédito corporativo, para que tenga algo de dinero para gastar antes de subir a la nave. ¿Entiendes?

–Sí, entiendo.

Regresé su cartera al bolsillo de su saco, me recliné en la silla, y conté a tres. Ken Jensen parpadeó rápidamente y se enderezó, con la actitud de un hombre que ha dormitado un momento y quiere asegurarse de que nadie se haya percatado. Yo tenía la vista fija en la palmpadd, haciendo como si estudiara el contrato y negando la cabeza:

–Simplemente no lo sé...

–Devuélvemela un momento –dijo–. Creo que puedo mejorar el trato. Realmente nos estás sacando de un apuro, así que, ¿por qué no lo hacemos por quinientos mil en vez?

Hizo los cambios al contrato y me lo devolvió. Su chip de crédito corporativo estaba puesta sobre la palmpadd.

–Señor Jensen, tiene un corredor.

La expresión al otro lado de la mesa era una de alivio y satisfacción. Traté de evitar que mi propio rostro mostrara las mismas emociones.

Jensen me dejó disfrutar el resto de la comida, pero no antes de explicarme el plan. Yo debía presentar mi licencia de corredor en cualquiera de las instalaciones arconas registradas, donde podía elegir al perrito que quisiera. Antes de subir a la nave para regresar a casa, debía mostrar la licencia de nuevo, y ser cuestionado por un oficial de aduanas arcón. Y presto, quinientos mil créditos en cuanto llegara a la Tierra.

Confieso que me tomé mi tiempo con los platillos que siguieron. Soy lo suficientemente *gourmet* como para saber que para apreciar la buena comida hay que darse tiempo. Jensen ya había pagado la cuenta, y usé tu chip corporativo para agregar la propina antes de salir. Mi nueva profesión me requería. Me fui a trabajar como corredor.

No me importaba dónde conseguía al perro búfalo, aunque la mayoría de los corredores tienen todo tipo de supersticiones al respecto. Mi nave salía a la una de la mañana, lo que me dejaba al menos diez horas de tiempo que perder. Me tomé mi tiempo, decidí que era necesario dar un paseo después de tan buena comida. Había poca gente en las calles. Pasé a varios otros corredores, se les identificaba por los perritos acomodados bajo el brazo. Finalmente me dirigí hacia la instalación más alejada de la oficina de aduanas. Me detuve frente a un quiosco, dentro del cual me miraba un arcón chaparro que parecía aburrido.

–¿Es corredor? –preguntó, casi sin voltearme a ver–.

–Claro –contesté, y me dejó pasar; la verdad de lo que había dicho era tan obvia como la luz del día–.

Había una pequeña escalera para bajar al área de entrega y un caos total me esperaba abajo. Miles de perros búfalo balaban, ladraban y corrían dentro de un área de poca profundidad y del tamaño de una alberca olímpica. Letreros holográficos advertían sobre la extrema combustibilidad, y los ventiladores creaban un ruido de fondo constante. Los bufalitos jugaban, ninguno de ellos capaz de trepar el medio metro de profundidad de su alberca, aunque podían ver los alrededores. Se aproximaban a cualquier persona, humana o arcona, que se acercara al perímetro, con gusto. Los humanos, alrededor de una docena, eran corredores. Observé cómo se agachaban a levantar a una criatura y luego otra. El proceso de selección parecía incluir sopesar al perro búfalo que se consideraba, ponerlo bajo un brazo y luego bajo el otro, mirarlo a los ojos, y revisar el tono de azul de la lengua. Un ritual supersticioso, pero uno que seguían con cuidado. Al final, cada uno de los corredores elegía un perrito y lo llevaba hacia un arcón disponible para procesar.

Después de atestiguar un número de variaciones sobre el proceso, seguí su ejemplo. Un perrito muy entusiasta me vio acercarme a la orilla de su alberca y pasó por encima de varios cachorros, desesperado por alcanzarme. Lo levanté. Lindo. Verdaderamente adorable, pero por quinientos mil créditos podía haber sido feo como un demonio y hubiera hecho el trabajo sin chistar.

–Ven conmigo, cosita linda –dije, sin poder resistir el impulso de hablarle como a un bebé–, tú eres tan buena como cualquiera.

Eché un pedo de oxígeno, me baló por el otro lado, y sacó su diminuta lengua. Cerúlea. Por mí, bien. Busqué a uno de los arcones que no estuviera ocupado, encontré a una, y caminé hacia ella.

–¿Es usted corredor? –preguntó, con un tono apenas menos aburrido que el tipo de la entrada–.

–Soy corredor –dije–, el asombroso Conroy, maestro corredor, a su servicio.

No le causó gracia.

–Y, ¿éste es el perro búfalo que ha elegido?

–Por supuesto –dije–. ¿Puedo nombrarla?

–Esa es la costumbre, señor –dijo encogiendo los hombros–. Prepararé sus etiquetas en cuanto verifique la salud del animal y le administre un agente esterilizante.

Me quitó a la perrita de las manos y presionó un escáner médico contra su abundante pelaje.

–Entonces le voy a poner Regina. Regina Catalina Alyosious Nantucket Almendra Amarga Saint Croix. ¿Qué le parece, es demasiado?

¿Qué puedo decir? Estaba en camino a convertirme en medio-millonario, había comido de maravilla y estaba de buen humor. La arcona frunció el ceño:

–Recomendaría un nombre un poco más masculino, señor. Ha elegido un macho. Su salud es excelente, pero si prefiere una hembra, puede regresar a éste y traer una para verificación y esterilización.

–¿Qué hay en un nombre? –encogí los hombros–. No, éste está bien. Le pondré Reggie. Adelante, lo puede esterilizar y etiquetar.

–Con gusto lo etiquetaré para que se lo lleve, señor–dijo sacudiendo la cabeza–, pero sólo esterilizamos a las perras búfalo –me devolvió al perrito–. Si me acompaña por aquí, prepararé las etiquetas de Reggie.

Cinco minutos más tarde, salí con Reggie metido complaciente bajo el brazo izquierdo; el disco de plástico azul de su reluciente etiqueta colgaba de su oreja izquierda. El proceso completo había tomado apenas un cuarto de hora. Me quedaba un camino largo de vuelta al puerto, y más de una vez tuve la sensación de que alguien me seguía. Me dirigí hacia la aduana y reconocí al oficial en turno de inmediato. Era el arcón más gordo que había visto en la vida, y sólo por esa razón lo había subido al escenario como sujeto durante la primera semana de actuaciones. Fue fácil hipnotizarlo y le encantó la experiencia. Después de la función fue a verme al camerino y me dio la mano, algo que los arcones nunca hacen. Lo hizo nuevamente cuando llegó mi turno en la aduana, con la segunda sonrisa que había visto en mi vida en un arcón. Estaba en presencia de un fan.

–Señor Conroy, me dio pena saber de sus problemas con las autoridades –dijo. En la pequeña ciudad, de un kilómetro cuadrado los rumores viajaban a la velocidad de la luz, y los rumores sobre los perros búfalo aún más rápido–. Pero se ha recuperado pronto, veo. Me siento honrado de tener el privilegio de aprobarlo. Es su primer viaje como corredor, ¿cierto?

Busqué en mi memoria nuevamente, usando los mismos trucos de memoria que me permitían recordar miles de frases clave y sus respectivos sujetos de hipnosis.

–Gracias, y el último, sospecho. Realmente soy hipnotizador. Sergilio, ¿verdad?

Se le notó de inmediato complacido, y su postura inmediatamente cambió, más alto y derecho, como si lo hubiera nombrado padrastro del príncipe de Gibrabl.

–Sí, señor Conroy, me siento halagado de que lo recuerde. Bien, vamos a procesarlo y aprobarlo sin demora. Tengo unas cuantas preguntas y luego queda libre de abordar su nave. ¿Listo? ¿Tiene licencia de corredor? ¿Obtuvo a este perro búfalo de la manera legal prescrita? Y, ¿es el único perro búfalo que transportará? Por favor conteste con un ‘sí’ o un ‘no’.

Dije ‘sí’ tres veces. El arcón mantuvo contacto visual conmigo y asintió con cada respuesta, confirmando con la verdad en mi mente. Sonreí y pregunté:

–¿No me va a preguntar si la criatura es estéril?

–No es necesario, señor Conroy –dijo negando con la cabeza–. Tiene a un macho.

–¿Cómo puede saberlo, con tanto pelo?

–Etiqueta azul. Azul para machos, rojo para hembras.

–Buen sistema –dije–.

Eché un vistazo a mi visa y revisó un horario.

–Su nave no sale hasta la una de la mañana, lo que le deja bastante tiempo para acomodarse. Yo estoy de turno aquí hasta la media noche, si necesita algo. Y si no lo vuelvo a ver, pues, tenga buen viaje a casa, señor Conroy.

Unos minutos después me encontraba en mi camarote dentro de la buena nave Bucéfalo. El camarote de clase turista que había compartido con tres viajeros más en el viaje de ida había sido intercambiado por un camarote privado más amplio, del tipo que usualmente tienen los corredores, cortesía del señor Jensen y el Consorcio Wada. Incluía un corral y un sillón de restricción para Reggie, además de controles atmosféricos especiales para asegurar que sus flatulencias no causaran problemas.

Mi equipaje había sido confiscado cuando las autoridades cerraron el “Pequeña Perrito” y al parecer, liberado al mismo tiempo que yo. Jensen había organizado la transferencia a la nave y todo estaba en su lugar en mi camarote. Reggie se acomodó en su corral, balando contento, y yo me recosté en mi propio sillón para repasar los eventos de los últimos días. Estaba a punto de ser más rico de lo que merecía, pero probablemente seguía en la lista negra como entretenedor. Eso me molestaba. Le acababa de decir a un arcón que no iba a seguir trabajando de corredor, que era hipnotizador. Aún así, a quinientos mil por perrito, era tentador. *Pero*, me pregunté, *¿qué tipo de vida era esa para un hipnotizador?* Creé dos imágenes en la mente, la de un hipnotizador y la de un corredor, para comparar y contrastarlas. Me surgió una idea. Era riesgoso, una apuesta, pero combinaba lo mejor de dos mundos, si no terminaba ejecutado.

Me levanté del sillón y revisé a Reggie. Se había hecho bolita en una cobija en su corral y se había dormido. Me metí al pequeño baño del camarote y me miré en el espejo. Creé una nueva frase disparadora y comencé a implementar mi idea.

Media hora antes de la media noche, salí del Bucéfalo y caminé rápidamente hacia la instalación registrada más cercana. A apenas una cuadra del espaciopuerto, ésta era mucho más grande que la otra que había visitado. Era como un enorme almacén de perros búfalo, con humanos y arcones corriendo de un lado a otro. Intenté no aparentar nervios, y me convencí de que estaría bien siempre y cuando no mintiera. Presenté mis papeles en la puerta, confirmé que era corredor, y entré. Tenía poco tiempo y no era muy puntilloso con mi elección. Había docenas de corrales pequeños, con los perritos en cada uno divididos por combinaciones particulares de tamaño, pero, color de lengua, y otras señas. Busqué uno que fuera más o menos del mismo tamaño que Reggie, lo levanté y lo llevé con un arcón disponible del otro lado de los corrales.

–¿Es corredor? –preguntó, y asentí con la cabeza–. ¿Éste es el perro búfalo que ha elegido? –asentí nuevamente–. Muy bien, démelo.

Tomó su escáner médico con aburrimento profesional, estudió la pantalla, y me volteó a ver:

–Es una excelente elección. La perrita está en perfecta salud. Deme un momento para administrar el agente esterilizador y se la puede llevar.

–¿Una hembra? –dije, poniendo mi mejor cara de decepción–. Lo siento, quería un macho. Es viernes, sabe. Es de mala suerte llevar hembras en viernes. Voy a regresarla.

El arcón encogió los hombros. Probablemente había escuchado supersticiones de corredor más extrañas que esa. No me miró nuevamente cuando tomé a la perra y la cargué hacia los corrales; tenía mucho trabajo que hacer. Caminé hacia los corrales llenos de perritos, pero no me detuve a cambiar a la perrita. En lugar de eso, caminé hacia la salida, tomando cuidado de mantener el paso tranquilo y despreocupado. Nadie me detuvo, y en cosa de nada estaba en la calle de nuevo. Me había vuelto un contrabandista.

El camino de regreso al puerto se sintió como la cuadra más larga que había caminado. Nuevamente tuve la sensación de que me estaban siguiendo, y cuando di vuelta en la esquina alcancé a ver a dos arcones con la visión periférica. Llegó a mi mente la frase disparadora, pero era demasiado temprano para usarla. En lugar de eso, saqué la etiqueta roja que tenía en el bolsillo y se la puse en la oreja izquierda a la perrita. De acuerdo a la etiqueta, ahora se llamaba Carla Espinoza. Entré al espaciopuerto y me dirigí hacia un pequeño bar con un elaborado sistema de ventilación, y me senté en la barra. La mayoría de los clientes eran corredores, cada uno con un bufalito bajo el brazo. Era común que los corredores tomaran un trago antes de abordar la nave de vuelta a la Tierra. Se pueden decir muchas cosas sobre la habilidad psíquica de los arcones, pero hacía que el paso por la aduana fuera rápido y eficiente. Todos podríamos pasar y abordar la nave en menos de diez minutos. Bueno, tal vez no todos. Todavía no daba la media noche y Sergilio, mi regordete amigo arcón, seguía trabajando y seguro me reconocería. Pedí una cerveza cara, la cargué la chip del Consorcio Wada, y me acomodé para esperar media hora. Estaba tomando mi segunda cerveza cuando cuatro arcones entraron al bar. Uno de ellos era Loyoka.

–¡Baje al perro búfalo y aléjese de la barra!

Había otros corredores ahí, y ninguno pareció preocuparse demasiado. Todos los que estaban en la barra colocaron a los perritos en el suelo y se alejaron, con las manos a la vista. Yo hice lo mismo, colocando un plato de cacahuates bajo la esponjosa barba de Carla Espinoza para mantenerla contenta. Era el momento.

–Heimdahl espumoni –me susurré–.

Parpadeé y casi me tropecé. Algo había sucedido, pero no estaba seguro de qué se trataba.

Sin voltear a ver a los otros corredores, Loyoka caminó hacia mí:

–Le dije que lo estaría vigilando, señor Conroy. ¿Ése es su perro búfalo?

–Sí –contesté. Sus ojos nunca dejaron de mantenerme la mirada–. Aunque técnicamente, supongo que pertenece al Consorcio Wada. Yo solamente soy el corredor.

–¿El mismo Consorcio Wada que hasta hace poco empleaba a un corredor que resultó ser contrabandista? ¿No le parece bastante coincidencia, señor Conroy?

–Para nada –dije–. Ese corredor fue ejecutado. Necesitaban otro con premura, y yo estaba disponible. No veo ninguna coincidencia ahí.

Me empujó a un lado camino a la barra y levantó a la perra búfalo, revisando la etiqueta que colgaba de su oreja. Baló confundida cuando la alejó de su plato de cacahuates.

–¿Y ésta es Carla Espinoza? –preguntó mirándome con sospecha.

–Claro que sí –dije mirándolo extrañado–.

–¿Ésta es la mujer que tenía sobre el escenario durante su última función anoche?

–No –dije riéndome–, es una perra búfalo que seleccioné en una de sus instalaciones registradas. Simplemente la nombré en honor a esa mujer.

Gruñó al escucharme, y me pasó bruscamente a la perra búfalo.

–Entonces vamos a asegurarnos de que pase con toda seguridad por la aduana, señor Conroy, no queremos que se le vaya la nave.

Hizo una señal a los otros arcones y se alinearon a mi lado, y así, todos juntos, fuimos a pasar por la aduana.

Había pasado de la media noche y la oficial en turno era una chaparra y guapa arcona, que casi parecía humana. Pensé en el nombre Sergilio mientras esperaba en la fila, pero no supe por qué. Estaba casi seguro de que nunca la había visto antes; no *todos* los arcones habían ido a ver mis funciones. Cuando llegó mi turno presenté la licencia de corredor.

La miró, me miró a mí, y luego miró a Loyoka y a sus amigos. Loyoka se colocó junto a ella, para verme mejor.

–Señor Conroy –dijo, leyendo mi nombre en la licencia–. Le tengo sólo tres preguntas. Por favor conteste simplemente ‘sí’ o ‘no’. ¿Es corredor con licencia? ¿Obtuvo a este perro búfalo de la manera legal prescrita? Y, ¿es el único perro búfalo que transporta?

–Sí, soy corredor con licencia. Sí, obtuve a la perrita de la manera adecuada, y sí, es el único perro búfalo que transporto.

Loyoka me miraba, su rostro mostraba sorpresa e incredulidad. La oficial de aduanas asintió y me hizo la seña para que pasara, pero Loyoka me detuvo cuando intenté seguir mi camino, y me jaló del brazo para que quedara frente a él.

–Una pregunta más para usted, señor Conroy, si le parece –dijo, manteniéndome la mirada con intensidad–. ¿Es contrabandista, señor Conroy? ¿Sí o no?

–Me ha preguntado esto antes –dije irritado, empujándole la mano que me sostenía el brazo–. No soy contrabandista.

Parpadeó y se volvió hacia los otros arcones que nos habían acompañado. Las otras tres cabezas negaron casi al mismo tiempo, y Loyoka volvió la atención hacia mí:

–Discúlpeme, señor Conroy. Parece que me he equivocado con usted. Por favor, no se sienta ofendido.

–No se preocupe, simplemente hace su trabajo. Muy bien, ¿hemos terminado?

–Por supuesto. Que tenga buen viaje, señor Conroy.

Con eso, se dio la media vuelta y se fue, los otros tres arcones con él. La oficial de aduanas me miró confundida y señaló a la siguiente persona en la fila para que avanzara. Me di la vuelta, y con Carla Espinoza cómodamente bajo el brazo, abordé la nave.

Seguí el camino hacia mi camarote asignado y entré. Mi primera impresión fue que me había equivocado de lugar. O tal vez algún otro corredor se había equivocado y había tomado mi camarote. Por alguna razón, ya había un perro búfalo en la recámara, atado a un sillón de aceleración dentro de un corral. Me di la media vuelta para salir, y vi un letrero hecho a mano que no había visto antes, porque se encontraba detrás de la puerta. HEIMDAHL ESPUMONI, decía, en gruesas letras. Parpadeé, sentí un mareo momentáneo, y me di cuenta de que estaba en el camarote adecuado al fin y al cabo. Cerré con seguro la puerta y me dirigí a ajustar los controles atmosféricos.

Varias horas más tarde, mucho después de que el Bucéfalo estaba de camino a la Tierra, una de las instalaciones registradas de perros búfalo en Gibrahl descubrió que les hacía falta un perrito. Reggie y Carla se llevaban de maravilla, y entusiastas hacían lo que les correspondía para asegurar la primera camada de perros búfalo nacidos fuera de Gibrahl. Para su corredor, Reggie valía quinientos mil. Para un contrabandista, salir con un perro búfalo extra valía diez millones. Pero yo era hipnotizador, y había salido hacia la Tierra con la primera parra búfalo fértil, que pronto estaría preñada. Creía que yo podría poner el precio que quisiera. Así es el mundo del espectáculo.

Fin